

tados Unidos desde los tiempos de la presidencia de Adams. Este, que en algunos puntos era idealista, aunque no tanto como su ministro de Estado Clay, tenía más valor moral; Clay estaba dotado de mayor ingenio para concebir proyectos vastos, pero carecía de la energía y arrojo necesarios para dar solución a los problemas políticos de su tiempo. Por esto existía cierta atracción secreta entre Adams y Clay, a pesar de la frialdad que reinaba comúnmente entre ellos.

La invitación para asistir al congreso de Panamá, presentada por el embajador de Colombia, expresaba también el deseo de que fuese reconocida como Estado independiente y como otro miembro legítimo de la familia americana la república de Haití, compuesta de negros que se habían hecho independientes de Francia. La idea de que fuese reconocido un pueblo de negros como nación hermana, suscitó una verdadera tempestad de indignación entre los esclavistas. Decían que había sido ya una falta grave el haber negociado con Inglaterra y Colombia convenios para la supresión de la trata y que la paz de once Estados de la Unión no permitía ni mentar siquiera el propósito de admitir entre los pueblos amigos de los Estados Unidos a los esclavos de Haití, que habían degollado a sus amos. El diputado Hayne, de la Carolina del Sur, dijo: «La sola comunicación de este asunto es un ultraje para nosotros, es atacar nuestras instituciones y turbar nuestra paz, y declaro de una vez para siempre que los Estados del Sur jamás consentirán intervención alguna en sus asuntos domésticos, y se considerarán separados de la Unión a la primera tentativa que se hiciere para intervenir tan inicua mente.» En seguida pidió que el gobierno diera a sus embajadores en Méjico y en las repúblicas de la América del Sur la orden de protestar contra la independencia de Haití.

Los proyectos de conquista de la isla de Cuba que hemos mencionado ya, excitaban la codicia de los esclavistas, mientras los anti-esclavistas del Norte dudaban qué interés podrían tener en aumentar hacia el Sur el territorio de la Unión, cuando con el ingreso de la perla de las Antillas necesariamente se aumentaría el número de los Estados esclavistas. Adams escribió respecto de esta anexión en 1823 al embajador de los Estados Unidos en Madrid: «Es poco menos que imposible resistir al convencimiento de la necesidad de la anexión de Cuba para la subsistencia de la Unión.» La proposición de Adams de tomar parte en el congreso de Panamá fué adoptada y votada con el apoyo del potente orador Webster, pero entretanto el Sur había aprovechado la ocasión para fijar su actitud, y en esto estriba la única importancia de los debates y de todo el asunto del congreso de Panamá.

En el mes de diciembre de 1824 llegó a los Estados Unidos (1) Lafayette, que tan generosos sacrificios había hecho para ayudar a la joven república en su guerra de independencia, aunque su auxilio no había dado todos los resultados que su sincera simpatía por aquel país había deseado. Las solemnidades, fiestas y banquetes con que los americanos obsequiaron a su huésped excedieron a todo cuanto se había visto hasta entonces en aquel país. Se brindó por los tres grandes libertadores del mundo, Washington, Bolívar y Lafayette, y el congreso hizo a este último donación de unos 20,000 acres de terreno y 200,000 pesos en dinero, como prueba de la gratitud del pueblo norte-americano. Fué grande esta prueba si se compara con la mezquindad con que la Unión había recompensado a los soldados y jefes que habían hecho la guerra de la independencia, y que recibían una pensión insignificante. Del general Steuben apenas nadie se

(1) Invitado por el congreso.

acordó, y los ex-presidentes Jefferson y Monroe hubieron de pasar los últimos años de su vida en la penuria. A Filadelfia acudieron 40,000 forasteros para ver a Lafayette. Este asistió a la gran fiesta con que se solemnizó, en 17 de junio de 1825, la victoria de Bunkershill, en cuya ocasión pronunció un brillante discurso el célebre hombre de Estado americano Daniel Webster.

A fines del año 1825 el ilustre huésped regresó a Francia en una fragata de guerra norte-americana que había recibido el nombre de *Brandywine*, en memoria de la batalla en la cual Lafayette había sido herido.

Poco antes de embarcarse asistió a la gran solemnidad con que se celebró la apertura del canal del Erie, el mayor de los Estados Unidos, y que para estos, y más particularmente para el Estado y ciudad de Nueva York ha sido una fuente inagotable de prosperidad y de riqueza. Este canal ha hecho de la ciudad de Nueva York uno de los principales emporios del comercio del mundo. El primer trozo, entre Utica y Roma, de 30 millas inglesas (48 kilómetros), estuvo concluido en 1819, y un barco tirado por un caballo recorrió esta distancia en ocho horas. El día de la apertura de todo el canal, el fundador de esta obra colosal, Witt Clinton, recorrió con una flotilla engalanada con banderas y gallardetes toda la distancia desde el lago Erie hasta el Océano Atlántico, en el cual vació una porción de barriles de agua dulce del lago, ceremonia simbólica que representaba la unión de este con el mar. En todo el trayecto se habían colocado en las debidas distancias cañones para hacer saber con sus disparos los momentos de salida y de llegada de un extremo al otro del canal. A las diez de la mañana salió la flotilla del lago y entró en el canal; a las once y veinte minutos anunció el último cañón de la línea la partida de la flotilla a los habitantes de Nueva York. Clinton había quedado victorioso; pero gozó corto tiempo de su victoria, porque murió poco más de un año después. El canal, que había costado, como ya dijimos en otra parte, ocho millones de pesos, dió luego beneficios para pagar desahogadamente los intereses de este capital.

El resultado brillante de esta obra excitó a los americanos a emprender otras análogas, si bien el canal del Erie no fué el primero que se construyó en América, porque diez y siete años antes, en 1808, fué entregado al comercio otro que pone en comunicación el río Merrimac con el puerto de Boston; pero una vez hecho el de Erie se hicieron muchos más.

Pocos años después se construyeron los primeros tranvías, que pronto hicieron una competencia temible a los canales. En los ríos y lagos eran entonces ya muchos los buques de vapor, pero servían más para transporte de mercancías que de personas; porque en 1823 se había ido a pique un vapor en el río Mississippi con doscientos pasajeros. En 20 de junio de 1819 un buque de vapor norte-americano, llamado *Savannah*, había hecho la travesía a Europa, desde Nueva York a Liverpool, en veintiseis días, y en el año 1825 hacían esta travesía y la de Nueva York al Havre, en Francia, varios elegantes vapores muchas veces en diez y siete días.

El correo interior en los Estados Unidos estaba bien organizado; pero no había coches-correos, si bien era fácil encontrar caballos de posta donde la población era algo numerosa. Calzadas había pocas, lo que hacía las comunicaciones difíciles, sobre todo en la primavera y en invierno. En los Estados del Sur, particularmente, los caminos eran malísimos, y en los del Oeste casi no había ninguno. En 1825 se introdujo en América el alumbrado por gas, siendo Nueva York y Baltimore las primeras ciudades que se alumbraron con este flúido. La ciudad de Filadelfia poseía un gran-

dioso ingenio que elevaba el agua del río en cantidad y a la altura necesaria para abastecer toda la población.

Adams, en su ya mencionado manifiesto inaugural, tan criticado por sus enemigos políticos y hasta por Clay, había recomendado al congreso la construcción de carreteras y canales, la creación de una universidad con un observatorio astronómico y la ejecución de otras obras públicas a expensas del Estado; pero la oposición redujo estos proyectos a proporciones mezquinas, cuando no los hizo desechar del todo; así desechó la prolongación de la gran carretera principal que desde Cumberland debía dirigirse hasta el Mississippi, y solamente votó la miserable suma de 30,000 pesos para la conservación del trozo existente. Dió sin embargo facilidades, como la concesión de terrenos del Estado, a varias sociedades constructoras de canales, aprobó la rectificación parcial del Ohio y concedió terrenos para la creación de escuelas normales en Michigan, Florida y Arkansas. Igualmente aprobó y votó una ley general para la mejora de puertos y ríos navegables; pero en general no quiso aprobar los proyectos de utilidad pública, propuestos por el presidente, cuando por su índole podían captarle las simpatías de la masa de la nación. Adams, sin embargo, no se cansó de trabajar por el bienestar de sus conciudadanos y la prosperidad de la nación, y durante su presidencia se hicieron mas tratados de comercio con naciones extranjeras que en los treinta y seis años anteriores.

Adams era enemigo de exhibirse al público, ni para buscar una popularidad vulgar y efímera, ni menos para servir de reclamo a otros; por esto se negó rotundamente a la invitación que le dirigieron las sociedades agrícolas para que honrase con su presencia una exposición de ganados que organizaron; y la nota referente a este asunto que apuntó en su diario, dice: «El viaje me costaría cuatro días, y no quiero establecer un precedente que me obligaría a figurar como otro objeto expuesto en todas las exposiciones de ganados de la Unión.» En cambio tomó parte en la inauguración de las obras del canal del Chesapeake y Ohio porque este acto le pareció tener más importancia nacional. En presencia de millares de personas que habían acudido para presenciar esta solemnidad, pronunció un discurso patriótico, entusiasta y digno; después pasó, como estaba convenido, a sacar con la pala el primer montón de tierra; y como tropezase aquella con una piedra ó raíz, quitóse con gran serenidad y presteza el gaban, sacó el obstáculo y levantó la primera tierra. Esta prueba de resolución gustó mucho al pueblo, y un grito general de aplauso advirtió al presidente que sin quererlo había conquistado el afecto de la multitud allí reunida.

Lo contrario sucedió en el congreso; cuando este volvió a reunirse en setiembre de 1827 resultó el partido del gobierno en minoría, así en la cámara de representantes como en el senado. Las comisiones especiales elegidas para los diferentes asuntos componíanse esta vez todas de cuatro individuos de la oposición y de tres adictos al gobierno; estos se llamaron entonces republicanos nacionales y algunos años después *whigs*, y los individuos de la oposición continuaron llamándose demócratas. El jefe declarado de este partido, que era en el fondo el de Jackson, al cual se había agregado el de Crawford, era en el congreso Van Buren, sujeto muy práctico en todas las astucias y estratagemas parlamentarias y que contribuyó poderosamente a aumentar la funestísima clase de políticos de oficio, que viven del jugo vital de la nación, que no se cuidan de su honra y que aclimataron en la república una corrupción administrativa sin ejemplo.

Un suceso extraordinario fué causa de que Adams cometiera una imprudencia que arrojó a los francmasones ameri-

canos, que formaban un grupo poderoso, en los brazos de la oposición. Un francmasón llamado Guillermo Morgan, habitante en la pequeña ciudad de Batavia, al parecer por cuestiones con su lógica ó para vengarse de pretendidos agravios de sus correligionarios, anunció la publicación de un libro en el cual prometía revelar los secretos de la secta. Publicó el libro a despecho de las amenazas que de todas partes llegaron a sus oídos, y estas amenazas por de pronto se realizaron en forma de una causa criminal que se instruyó contra él, por cuya razón fué conducido a Canandaigua, donde estaba reunido el tribunal que debía juzgarle. El tribunal le absolvió; pero apenas libre, fué preso otra vez y conducido atado y amordazado hacia el fuerte del Niágara, a donde no llegó, porque le arrojaron al río de este nombre con una bala de cañón atada a sus pies. Su desaparición y muerte, misteriosas ambas, excitaban a todo el pueblo contra los francmasones, cuyos principios, ceremonias y poderío eran objeto de la conversación general. Para aclarar en cuanto fuera posible el crimen misterioso y castigar a los culpables, se instituyó un tribunal especial; durante una porción de años los francmasones, a causa de la irritación del pueblo, tuvieron que abstenerse de celebrar sus fiestas públicamente, y hasta se formó una sociedad anti-francmasonía que llegó a ser poderosa en los Estados de Nueva York y Pensilvania, tanto que en los parlamentos de estos Estados consiguió el nombramiento de sus candidatos para presidentes. En esta situación se publicó una carta dirigida por Adams a un tal Hartwell, habitante de Canandaigua, en la cual el presidente había juzgado conveniente declarar que nunca había formado parte de la sociedad masónica y que nunca se afiliaría a ella. Esta última declaración extemporánea atrajo a su autor la enemistad de la poderosa secta, cuyos adeptos, tan numerosos como influyentes, se pasaron entonces al campo de la oposición, es decir, al partido de Jackson y de su amigo Van Buren.

En 1825 tuvo Adams un conflicto muy desagradable con el Estado de Georgia, conflicto que no pasó de pugilato de groserías y de fanfarronadas de parte del Estado mencionado, pero que demuestra y caracteriza las dificultades con que el presidente tuvo que luchar, y a la par las costumbres y el espíritu de los norte-americanos. La Georgia había cedido en 1802 a la Unión la parte occidental de su territorio, bajo la condición de que el gobierno federal se arreglara con los indios criques y cheroquíes, que ocupaban parte del Estado, para que entregaran a la Georgia el territorio que ocupaban, arreglo que debía hacerse pacífica y prudentemente. En este sentido habíanse efectuado desde entonces entre aquellos indios y el gobierno muchos convenios, en los cuales aquellos habían vendido al Estado millones de acres. Por último los criques declararon en 1824 que no podían vender más terreno, atento que el que les quedaba lo necesitaban para su subsistencia, y «confiando en los sentimientos de justicia y generosidad de los ciudadanos de los Estados Unidos,» resolvieron después de maduras reflexiones encargar la defensa de su causa a un periódico; pero se engañaron. Los habitantes de la Georgia, tratándose de terrenos que ambicionaban, no entendían ni de generosidad ni de justicia, y no pudiendo adquirirlos por la vía regular valiéronse de medios arteros para conseguir su objeto. El gobierno de Georgia hizo un convenio con tres caciques indios venales que le cedieron todo el territorio de las tribus criques situado en aquel Estado y además varios millones de acres que formaban parte del Estado de Alabama. Este convenio fué ratificado en el senado, donde nadie pensó en defender la causa de los indios, los cuales, al saber el engaño de que habían sido víctimas, se quejaron al gobierno de Georgia, si bien

sus quejas no fueron oídas. Una ley de estos indios imponía la pena de muerte á los de su raza que sin conocimiento ni consentimiento de toda la tribu vendieran territorios suyos á los blancos, y en su consecuencia cercaron las viviendas de los tres caciques traidores y les pegaron fuego, haciendo perecer en las llamas á los culpables. Procediendo así en virtud de una ley admitida entre ellos, aunque no reconocida por los blancos, ningún derecho tenían estos á mezclarse en la justicia de los indios; pero los de Georgia no lo entendieron así, y el jurado de Milledgeville declaró aquel acto asesinato premeditado. Los indios habían enviado ya una embajada al presidente de los Estados Unidos para exponerle todo lo sucedido, pedirle justicia y solicitar que se anulara la venta hecha por tres traidores que habían usurpado una autoridad que no tenían. El gobierno federal envió á Georgia al general Gaines para informarse sobre el terreno y facilitar un arreglo pacífico, pero cuando este llegó allí fue insultado por el presidente Troup, de Georgia, de la manera más soez, en un lenguaje que solo usan en los Estados Unidos los pendencieros de la hez del pueblo. El mismo presidente, en un tono análogo contestó á la carta que el ministro de la Guerra, Barbour, le escribió al saber lo ocurrido, en la cual le decía: «Estoy encargado de decir á V. E. que el presidente, en atención á lo sucedido y á la disposición actual del espíritu de los indios, espera que el Estado de Georgia renunciará al proyecto de levantar el plano de su territorio.» Niles, el cronista imparcial de aquella época, dice en su *Register*, en 10 de setiembre de 1825: «El gobernador (presidente) de Georgia estaba evidentemente decidido á intimidar con su insolencia al gobierno de los Estados Unidos y obligarle á dejar hacer al gobierno de Georgia lo que le acomodase, ó cuando no, á oponerse por la fuerza á toda intervención del gobierno federal en los asuntos interiores de la Georgia, suponiendo que el pueblo de este Estado le apoyaría con las armas.» El parlamento georgiano parecía, en efecto, decidido á llegar á este extremo, porque una comisión nombrada por él publicó un manifiesto en el cual dijo que «se estaba acercando á grandes pasos la hora, si no había llegado ya, de que los Estados del Sur desde la Virginia hasta la Georgia y desde Misuri hasta Luisiana se unieran y declarasen unánimemente á la Union que no querían dejar por más tiempo los derechos que se habían reservado á la merced de los hombres malvados del congreso ni de los jueces intrigantes, que á fuerza de comentar lo torcian todo.» Los electores del Estado se contentaron con dar á su presidente un voto de confianza, y aun eso por una mayoría muy exigua, á saber, por 20,545 contra 19,857 votos. Curioso es el siguiente pasaje de un periódico de aquella época, *Bell's Weekly Messenger*, que tratando de este asunto dijo entre otras cosas: «Si el gobierno de la Union llegara á verse en apuros, le bastaría publicar una ley que declarase libres á todos los esclavos del Sur; entonces los esclavos se levantarían como un solo individuo; entonces tendrían tanto trabajo en su casa los Estados del Sur que habrían de solicitar la protección del gobierno federal.»

Los gastos de toda esta contienda, que no tuvo consecuencias serias ni para el gobierno federal ni para la Georgia, los pagaron los indios, que al fin se dejaron convencer y firmaron un convenio con el gobierno de Washington, según el cual evacuaron el territorio de Georgia y se fueron á establecer al otro lado del Mississippi. Para esto el congreso votó los fondos necesarios, y á fin de que los negociadores indios no se guardaran para sí, según meditaban, las dos terceras partes de estos fondos, dispuso el presidente Adams, sin hacer caso de las iras del gobierno de Georgia, que dichos fondos fuesen entregados á los indios cuando estuvie-

sen reunidos en asamblea general. Adams hizo entregar á cada guerrero indio, que en el término de dos años debía trasladarse al otro lado del Mississippi, un fusil, un machete, una manta, un caldero de cobre, una trampa para coger castores y provisiones de toda clase. No tuvo esta delicadeza el general Jackson, sucesor de Adams en la presidencia de la república, cuando llegó el turno de emigrar á los indios cheroquíes, los cuales fueron víctimas de la codicia de los gobernantes de la Georgia, á ciencia y paciencia de Jackson.

Este asunto de la Georgia demostró á todo observador inteligente que la gran república federal estaba muy lejos de hallarse tan fuerte y tan sólidamente cimentada como aparentaba. La división entre el Norte y el Sur era una llaga que en lugar de cerrarse se iba abriendo y enconando, lenta pero constantemente, hasta que un día llegase al extremo de poner en peligro la existencia de los Estados Unidos.

El congreso se mostró, en la cuestión de Georgia, muy flojo, porque no obstante que los americanos del Norte, y probablemente también muchos del Sur, vituperaran la insolencia del gobernador-presidente de Georgia, nadie pensó ni remotamente en arrojarse á una guerra civil, y todos dejaron así que se diera este mal ejemplo de desacato al poder central y comun; precedente fatal que dió más adelante amargos frutos.

Se ha dicho que los indios pieles rojas de la América del Norte, feroces, sanguinarios, crueles é incivilizables como eran, no tenían derecho á quejarse cuando el hombre blanco, hecho ya poderoso, se contentaba, sin mutilarles ni hacerles perecer en indecibles tormentos, con desposeerles de sus tierras y obligarlos á establecerse en otra parte. Esto podía ser necesario, mas no era justo, y tocante á la imposibilidad de civilizarlos, hay que advertir que si eran incivilizables en masa no lo eran individualmente, porque ya hemos visto que los misioneros de los hermanos moravos habían obtenido muy buenos resultados en el siglo anterior, y hoy también son positivos los notables progresos que hacen la civilización, la instrucción y la educación entre ellos. Es verdad que las condiciones han cambiado y ellos también, pues reducidos á un espacio menor, pocos en número y rodeados por todas partes de una población blanca inmensa, entre las mallas de una red de vías férreas, hánse hecho muchas tribus sedentarias y agrícolas, y una vez en este estadio de la evolución social, han de avanzar en el camino de la civilización.

En el tercer decenio de nuestro siglo, que es la época de que ahora tratamos, no era así. Las tribus arrojadas de la Georgia y Estados adyacentes, hasta el otro lado del Mississippi, á los inmensos espacios del Oeste, recayeron en su género de vida primitivo; y un viajero, Latrobe, que viajó en 1832 y 1833 entre los indios expulsados, escribió que las vacas de leche y los buyes de tiro que «el venerable padre que vive en Washington» les había dado, con arados é instrucciones sabias para labrar la tierra, habían sido comidos, que se habían roto los arados y otros aperos como cosas inútiles, y que en lugar de agradecer y aprovechar la facilidad de hacer instruir y educar á sus hijos, con que la solicitud del gobierno americano les brindaba, creían aquellos salvajes que enviando á sus hijos á las escuelas hacían á aquel gobierno un favor que les debía pagar.

Entre todas las tribus indias, las que más se prestaban entonces á la civilización eran las cheroquíes, que cuando fueron expulsadas de la Georgia, en 1826, cultivaban sus campos como los blancos. Muchos tenían como estos esclavos negros y vendían grandes cantidades de algodón; mas el gobierno de Washington los sacrificó para evitar un conflicto peor con la Georgia y otros Estados del Sur; lo cual

ciertamente no habría hecho si se hubiese sentido con fuerzas para imponer su voluntad en toda la república.

Cuando hubieron de fijarse los límites entre la Georgia y Alabama estalló un nuevo conflicto con Georgia, que no quiso renunciar al territorio que había adquirido de los tres caciques criques traidores. El gobernador presidente Troup volvió entonces á aprovechar la ocasión para hacer sentir al gobierno federal su impotencia; pero esta vez encontró una respuesta adecuada á su conducta insolente. Adams presentó el asunto al congreso en un mensaje especial, y con el apoyo del gran orador Webster, que dijo en su discurso á los defensores del Sur: «No admito dictadura de ninguna parte, ni se me espanta con palabras arrogantes,» venció el gobierno federal y se arregló la diferencia. Un periódico del Sur de aquella época, *El Tison*, hacía una guerra feroz al gobierno federal y protestaba contra todo cuanto este hacía y proponía, sin exceptuar las cosas cuya utilidad ó necesidad estaban al alcance de todo el mundo. Para este periódico era la constitución federal un convenio que podía anularse siempre que conviniera á los intereses del Sur.

El vigésimo congreso, que duró desde el 4 de marzo de 1827 hasta el 3 de marzo de 1829, fué en general estéril, porque no produjo más resultado importante que la reforma del arancel en sentido proteccionista, lo cual dió lugar á largos y acalorados debates y á manifestaciones separatistas en los Estados del Sur, en la prensa, en banquetes y en los mismos parlamentos. En 1824 había, aun en los Estados del Norte, librecambistas, que eran los comerciantes y banqueros, con su principal jefe entonces Webster; pero después las opiniones cambiaron y el mismo Webster se pasó al partido proteccionista, según dice su biógrafo Lodge, apoyándole los fabricantes de los Estados del Norte con todas sus fuerzas. Según decía, los Estados del Norte habían estado apartados del sistema proteccionista porque no querían que la industria se fomentara artificialmente, pero á la sazón se habían convencido de que no había más remedio que aceptar la protección del arancel. El nuevo arancel subió el derecho de entrada de los géneros de lana, industria principal del Estado de Massachusetts, de 33 y un tercio por ciento á 40 y 45 por ciento sobre el valor de factura; mas para hacer aceptar este tipo á los otros Estados fué menester extenderlo también á los artículos de hierro y acero que constituían la industria principal de Pensilvania, al plomo y al cáñamo, productos de los Estados del Oeste, y á las melazas extranjeras, para favorecer á la Luisiana. Así consiguió el gobierno hacer aprobar la nueva ley en la cámara de representantes y en el senado, á despecho del clamoreo y de las amenazas de los productores de algodón, que por sus órganos en la prensa y por boca del diputado Hayne, de la Carolina del Sur, declararon la nueva ley parcial, injusta y anti-constitucional y hablaron de resistencia.

Antes de someterse esta ley al congreso habíase ya discutido en todos los Estados. En Baltimore una asamblea particular declaró que el gobierno tenía el deber de fomentar la industria nacional en todos sus ramos, es decir, el agrícola, el mercantil y el manufacturero. En Albany y otras ciudades hubo asambleas análogas. Entonces luchaban la industria y la agricultura norte-americanas con grandes dificultades por la política hostil de Inglaterra, que había cerrado sus mercados y los de sus Antillas al comercio de los Estados Unidos, con grandísimo perjuicio de los Estados del Oeste y del Norte principalmente, mientras importaba anualmente en toda la Union sus productos manufacturados por valor de veinticuatro millones de pesos. Sobre este asunto se había negado también á entrar en negociaciones, á

pesar de los esfuerzos de Gallatin, que había sido enviado con este objeto á Londres y que solo recabó un *modus vivendi* entre la Gran Bretaña y los territorios de la Union situados al Oeste de las montañas Pedregosas, y la solución de la cuestión de límites entre el Canadá y el Estado del Maine al arbitraje del rey de los Países Bajos. Desde entonces retiróse Gallatin del servicio de su país á la vida privada, á causa de su edad avanzada y de su cansancio.

Los Estados del Sur, que á pesar de todo exportaban anualmente algodón por veinticinco millones de pesos y que colocaban con igual facilidad su tabaco y su arroz, veían con inquietud que los Estados del Norte, del Centro y del Oeste, los más ricos y más populosos de la Union, pero que nada podían exportar, manifestaban tendencias á unirse contra ellos para conseguir el aumento de los derechos sobre los productos del extranjero, lo cual podía inducir á Inglaterra á tomar represalias dificultando la introducción en sus dominios de los algodones, tabaco y arcesos norte-americanos. Para defender su posición contra toda modificación del arancel, los representantes del Sur alegaron en la prensa y en el congreso toda clase de razones; los de la Carolina del Sur decían que el gobierno federal no podía obligar á este Estado á aceptar el derecho protector si este en virtud de su soberanía no quería admitirlo, y de consiguiente no cobrarlo en sus aduanas; y el diputado Hayne expresó su satisfacción al ver que el ejército federal era demasiado pequeño para reducir á los Estados del Sur á la obediencia. Añadió que las milicias de estos Estados no combatirían contra la Carolina del Sur, ni los Estados vecinos dejarían pasar ningún ejército federal que tuviera por objeto someter aquella. Por último, el Sur decidió aguardar la presidencia de Jackson para ejecutar sus planes, y con esto se aplacó la tormenta.

Adams soportó la pesada carga del gobierno, carga que la oposición siempre creciente hacía casi inaguantable, con la fría dignidad y resignación que le eran propias; pero no por esto dejaba de sentir en su interior el disgusto consiguiente. Sus ministros acabaron por cansarse; Clay se había vuelto nervioso, estaba enfermo y solicitó licencia para restablecer su salud, diciendo: «Quiero irme á mi casa, á ver si me curo ó me muero;» el presidente se encargó de la cartera del enfermo y escribió en su diario: «No los vitupero (á los ministros), porque en sus Estados está la mayoría de la población contra el gobierno federal; difícilmente habrá otra situación tan desagradable y cansada como la de gobernantes cuyos partidarios están en minoría en el parlamento.» El ministro de la Guerra, Barbour, pasó de embajador á Londres y ocupó su puesto en el gabinete Porter, de Nueva York, hombre muy capaz y estimable, pero sin gran partido en el cuerpo legislativo.

Pocas esperanzas tenía Adams de ser reelegido, y casi no se comprende cómo no se retiró del palenque desde luego; verdad es que podía contar con los Estados del Norte, pero no contaba con ninguno más; el apoyo de Clay le sirvió de poco, porque los Estados donde tenía influencia, como Kentucky y Ohio, se mostraron indecisos; Rush, á quien el partido del Norte, ó sea el llamado republicano nacional, había designado para la vice-presidencia, no contaba ni siquiera en su país, la Pensilvania, con una mayoría segura, y Calhoun era el candidato para la vice-presidencia del partido de Jackson. Desde un principio estaban esta vez todas las probabilidades de éxito en favor de Jackson y Calhoun. Un gran número de electores prefería para la vice-presidencia á Clinton y otros á Crawford, pero el primero murió súbitamente y el segundo se retiró en definitiva de la vida pública, de suerte que Calhoun reunió la mayoría de votos.